

LAZOS DE SANGRE

Luis A. González Blasco

Ilustraciones
Yaiza Blázquez



+6

WEEBLEBOOKS

WEEBLEBOOKS

 2018

Autor: Luis A. González Blasco
Ilustradora: Yaiza Blázquez
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, julio 2018



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

WEEBLEBOOKS

Libros eDuCativos Gratuitos



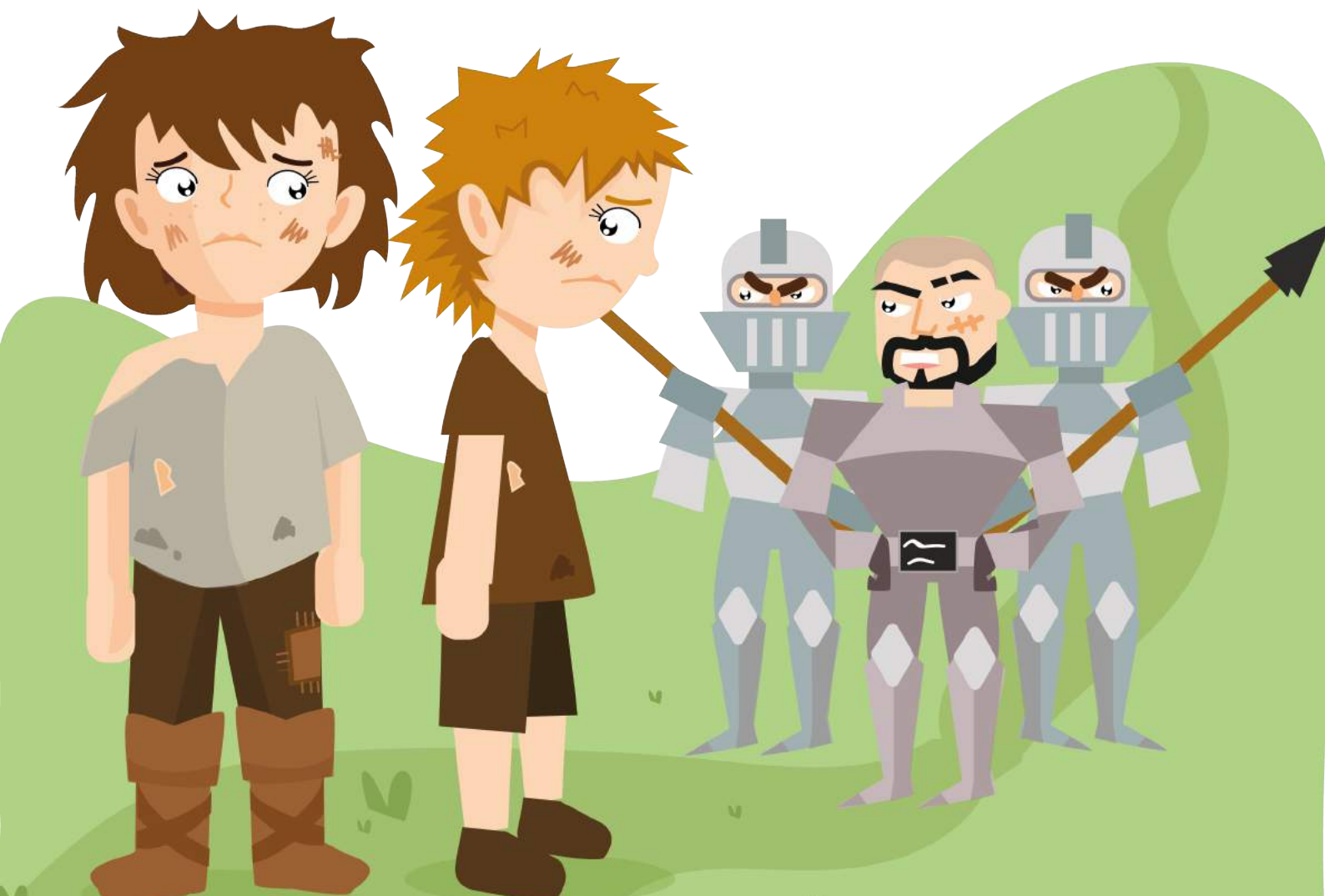
Todos los años, cuando caían las primeras nieves, el señor del castillo exigía a sus súbditos la entrega de la doncella más hermosa del condado para el cruel monstruo.

Éste habitaba en las profundidades de la cueva Áurea, en los límites de la comarca.

El capitán de la guardia, como todos los otoños, se pasaba de casa en casa observando a las niñas que habían dejado su pubertad para comenzar a ser doncellas. La elección de cuál era la más hermosa dependía de su opinión.

Los padres, de forma astuta, las cortaban el pelo a trasquilones o ensuciaban las caras de las muchachas tratando de transformar sus rostros. El astuto capitán tenía una serie de recursos muy eficaces: pelucas y vestidos hermosos, y después de lavar a las candidatas se las obligaba a engalanarse con ellos.

En una pizarra, que colgaba de su cinturón, escribía los datos con la valoración de cada jovencita. Luego, en palacio, informaba al conde de los resultados de su gestión.



Ante la eminente visita del capitán, Julián vio un día cómo sus padres intentaban transformar a su hermana en hombre, tratando de desfigurar su rostro con afeites.

Cuando se marchó el capitán, propuso a sus padres huir de aquellas tierras. El padre, apesadumbrado, le dijo que los soldados les perseguirían dando muerte a toda la familia, y Beatriz, finalmente, terminaría en las garras del monstruo.

Julián apenas tenía doce años, pero estaba muy crecido para su edad. Las labores de la casa y la ayuda a su padre en el campo habían fortalecido sus músculos. No podía compararse con la fuerza y destreza de aquellos guardias que cuidaban el castillo, pero sí les igualaba en valor.



No hacía nada más que darle vueltas al asunto y no comprendía por qué el grupo de aquellos fornidos soldados no se enfrentaban al monstruo y, de esa forma, liberar al condado de tan cruel pago humano.

Habló con su padre tratando de encontrar una respuesta, pero la contestación del padre no fue nada satisfactoria:

«Hace muchos años, cuando todavía estaba soltero, una madrugada de principio de invierno apareció en lo más alto del pico Escarpado una figura gigantesca, tan grande o más que cuatro bueyes juntos; el cuerpo lo tenía de lagarto y la cabeza de águila, sobre sus lomos salían unas enormes alas emplumadas, y del pecho, que tenía erguido, le nacían dos patas como garfios, semejantes a las del águila pero descomunales y afiladísimas.

Encima de su cráneo, sentado en una especie de silla de montar, un pequeño hombrecillo, fornido y deforme, sujetaba las riendas con las que controlaba a la bestia. El hombrecillo estaba cubierto con una armadura de escamas del propio animal.

Ante tal demostración de fuerza, nos dimos cuenta que el dragón, bajo las órdenes del hombrecillo, era invencible.

Cuando los habitantes nos acercamos tímidamente a la roca Escarpada, aquel hombrecillo, con una voz cavernosa y acento extraño, nos dijo a los presentes:
—Quiero hablar con el señor del castillo.

Varios vecinos corrieron a avisarle. Al poco rato se presentó el conde con su escolta para ver lo que pasaba.

El hombrecillo, viendo el miedo que teníamos todos, aprovechó para dirigirse a los presentes de esta forma:

—Señor conde, cuando se cumpla la primera luna de invierno, traeréis hasta esta misma roca a la doncella más hermosa de vuestro condado. En el supuesto caso de que no cumpláis lo que pido, arrasaré, poco a poco, los pueblos y el castillo. Los soldados, montados en sus caballos y con las armas dispuestas, esperaban órdenes del señor. Mientras, el conde, nervioso, escuchaba lo que le pedía el hombrecillo. Reflexionando, le replicó:

—No estoy dispuesto a doblegarme a vuestra voluntad, así que os sugiero que marchéis a otras tierras con vuestras bravuconadas.

Al ver que el conde no estaba dispuesto a obedecer, con un grito gutural, medio silbido, medio gruñido, dio una orden a la bestia.

El monstruo comenzó a batir sus alas, y en su vuelo se precipitó sobre el pequeño ejército. Los soldados lanzaron sus dardos sobre la bestia. Asustados, comprobaron que la piel escamada, semejante al acero, hacía inútiles sus flechas.

El dragón, que pesaba varias toneladas, impactó sobre los caballeros, que fueron derribados sin ningún esfuerzo. Al pasar por encima, cogió con sus garras a algunos de ellos entre las patas, y cuando estuvo cerca de las nubes los soltó desde las alturas, estrellándolos contra las rocas. Fue tan demoledor el ataque que el señor conde, temblando de miedo, terminó rindiéndose a sus peticiones».



«Desde aquel invierno y sin faltar ni uno solo, los soldados dejaban sobre el cerro Escarpado, atadas a un poste, a las pobres desgraciadas que habían sido elegidas. Al día siguiente comprobábamos que habían desaparecido, sin saber nada más de ellas.

Algunos padres, deseosos de saber su destino, esperaban ocultos a que fuesen raptadas. Observaban, desesperados, cómo el monstruo las tomaba entre sus garras y se las llevaba hasta la cueva Áurea, en lo alto de las montañas cercanas. Dicen que las oculta en la gruta, donde antiguamente los mineros sacaban oro. Desde entonces la bestia sólo aparece por los prados de las montañas para cazar animales salvajes o reses pastando».

—A tu hermana le tocará, si no es este año, seguro que al que viene, pues cada vez quedan menos doncellas en el pueblo y no sabemos qué hacer para evitarlo —dijo el padre, preocupado.

Julián seguía dando vueltas al problema de su hermana, sin poder encontrar solución.

En el bosque cercano al pueblo vivía un alquimista, que en ocasiones había oído decir a su padre que era el hombre más inteligente de la provincia. Sin duda, aquel sabio tendría alguna solución para vencer al dragón. Tomó la decisión de hablar con él, aunque era difícil conseguirlo debido a su mal carácter, y más teniendo en cuenta que él acababa de cumplir los doce años.

El sabio tenía fama de solitario y poco amigable por su mal genio y peor olor, impregnado en su ropa por las pócimas y mejunjes que empleaba. La casa estaba en un bosque de robles cercano al pueblo y sólo aparecía una vez al mes para comprar algunos alimentos en el mercado.

Julián explicó a su madre las intenciones de visitar al alquimista para poder encontrar alguna solución al problema. La madre, tras escuchar al muchacho y viendo que no se perdía nada al intentarlo, le dijo:

—Mira, si quieres que alguien te haga caso y te abra sus puertas, debes llevarle un presente de su agrado. Como este hombre vive solo, y a buen seguro no tiene a nadie que le cocine, le llevarás este estofado, que con su olor será suficiente para que te escuche.

La mujer puso todo el esmero en el guiso y, tras cubrir la olla con un paño, se la dio a Julián, que la guardó en el zurrón.

Después de recorrer varias leguas, preguntó por el camino dónde estaba la casa del alquimista. Las gentes, al escucharle, le aconsejaron que desistiera debido al mal genio de aquel hombre, fornido y altanero, que se había granjeado la antipatía de todos. Julián tenía pocas esperanzas, pero si en algo destacaba era en su decisión y valentía, acrecentada por el amor a su familia.

El camino del bosque serpenteaba entre los árboles que ocultaban el cielo, el sol apenas penetraba.

¡Sintió miedo! A pesar de tantas dudas, apretó el paso. Según avanzaba por el sendero, comenzó a notar un ligero olor a huevos podridos.



Por fin vio la casa; su chimenea desprendía un humo anaranjado que se elevaba al cielo, los árboles habían desaparecido de la cercanía de la casa y algunos ligeramente más cercanos habían muerto por los efectos de aquellos gases.

Tocó en la puerta, y desde dentro se oyó una voz profunda:

—¡Marchaos, no quiero intrusos en mi casa!

Julián no supo qué hacer y después de unos instantes volvió a llamar.

—Tendréis que esperar si es importante —dijo el sabio, contrariado.

—No tengo prisa, esperaré —dijo el muchacho tratando de no ser impertinente.

No hubo respuesta, después de un buen rato se abrió la puerta con un sonido chirriante. Un hombre alto y de aspecto extraño se recortó en el dintel, cubierto con un mandil de cuero y una redoma en la mano.

—¡Por mil sapos y otras tantas salamandras! ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme, muchacho?

—Señor, supongo que no habrá comido, y mi madre ha preparado este estofado para vos. Si le parece, mientras come, puedo explicarle los motivos que me han traído hasta su casa.

La nariz del alquimista se acercó hasta el puchero y, sin demasiados remilgos, cogió el cacharro, sacó dos platos y sirvió el alimento.

—Siéntate y cuéntame tu problema.

Le decía esto mientras comía ávidamente el estofado.

Julián ni lo probó. Solamente pensaba en la forma de hablarle de su problema. Finalmente, dijo con cierta timidez:

—¿Sería posible conocer la forma de combatir al monstruo de la cueva Áurea?

El alquimista soltó la cuchara bruscamente sobre el plato y, mirando al muchacho, le dijo estupefacto:

—¿No pensarás, mequetrefe, enfrentarte tú solo a semejante bestia?

—Es que mi hermana tiene que ser sacrificada el invierno que viene y no puedo dormir pensando en su trágico final. Cuando la miro, me reconcome seguir de brazos cruzados esperando su muerte.



El muchacho había puesto en sus palabras todo el amor que sentía hacia ella. Inconsciente de la magnitud de su empresa, estaba dispuesto a enfrentarse a aquel animal.

—Tus palabras son el fruto del desconocimiento: si supieras a ciencia cierta al peligro al que te vas a enfrentar, ya te habrías arrepentido.

El escucharle hablar de aquella forma, con tanta entrega y cariño hacia la hermana, hizo cambiar de actitud al alquimista.

—¿Pero, jovencito, con qué armas cuentas para poder aniquilar a semejante bestia?

Después de dudar unos momentos, le contestó el muchacho:

—Un arco que mi padre me regaló para cazar.

—¿Pero te has parado a pensar qué puede hacer una flecha contra las gruesas escamas de la bestia?

—No sé, mis dudas son muchas y por eso he venido a hablar con vos. Mi padre me ha dicho que sois el hombre más listo del condado. Y, tal vez, tengáis algún artificio que pueda servirme para enfrentarme al monstruo.

—Déjame pensar, quizás haya alguna posibilidad de salir vivo de tu intento.

Julián no sabía si aquel hombre le ayudaría o no, pero de momento le había escuchado.

—Te diré lo que tienes que hacer, pero no pienses que mis consejos son infalibles, en este enfrentamiento hay muchas cosas que pueden salir mal; por eso, es preciso que tengas el temple suficiente y la destreza precisa para conseguirlo. Sin estas dos cualidades te esperan el fracaso y la muerte.

«Tendrás que practicar con el arco hasta ser infalible. Con la flecha debes atinar en un círculo del tamaño de tu mano a una distancia de cuarenta codos.

Para saber si tu puntería es la adecuada, tendrás que dar en el blanco nueve veces de cada diez.

Dentro de dos meses vendrás y me harás una demostración. Sólo entonces te daré las siguientes instrucciones».

Se dispuso Julián a salir cuando la silueta de aquel hombre extraño se alzó de la mesa y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Todos los días que puedas, antes de romper el alba, marcharás hasta las estribaciones de la cueva. En un lugar oculto vigilarás la entrada hasta la tarde y tomarás buena nota de todo aquello que ocurra en ella y en sus inmediaciones. Cuando vengas dentro de sesenta días, me informas de lo que has visto en la guarida del dragón.

Los primeros días de prácticas fueron nefastos, mas, poco a poco, la puntería iba en aumento. La marcha hasta las montañas durante las horas nocturnas fue penosa. No hacía nada más que tropezar con todos y cada uno de los salientes del camino, hasta que la costumbre le permitió andar sin dificultad.



Apostado tras unas rocas, Julián miraba todo lo que ocurría en la boca de la mina y, tras algunos días de observación, pudo constatar que cuando el sol comenzaba a elevarse, salía el dragón de la cueva. Describía círculos oteando el horizonte, dirigido por el hombrecillo, hasta que descubrían los rebaños de animales. Tras un par de horas de ausencia, regresaban cargando entre sus garras algunas ovejas y, en ocasiones, terneros o potrillos muertos.

Al poco rato se escuchaban gruñidos, y después de que la bestia terminara de comer, salía a la boca de la mina para sestear.

Aquella rutina era diaria; en ocasiones, si no encontraban ganado cerca, tardaban algo más en llegar con las provisiones.

El miedo que tenía al principio fue decreciendo y, tras dedicar tantas horas a la observación, llegó a encontrar distintos caminos por los que subir hasta la entrada.

Un día, tras esperar un rato a que se fuesen, llegó incluso hasta la mismísima boca de la mina, pero el miedo le paralizó y, dando media vuelta, salió corriendo montaña abajo.

Transcurridos los sesenta días que le había impuesto el alquimista, regresó a la casa del bosque dispuesto para seguir con el aprendizaje.

Le relató al químico todo aquello que había visto y sentido en la cueva. Tras escucharle, el hombre le colocó unos troncos a la distancia precisa, unos en alto, otros al ras del suelo, algunos a la derecha y otros a su izquierda.

Y señalándole la distancia, le mandó disparar.

Julián había practicado tanto que en un abrir y cerrar de ojos atinó en todos los troncos con las flechas.

—El plan que debes seguir para estos sesenta días que vienen será el de practicar con el arco, pero con los troncos atados con una cuerda y en movimiento, los harás oscilar y desde cuarenta codos tendrás que darles en la misma proporción nueve de diez.

Referente a la cueva del monstruo, cada cuatro días esperarás a que salgan a por comida y penetrarás en ella, sin tocar absolutamente nada. Te irás fijando en

todos y cada uno de los detalles: dónde duermen, en qué sitio comen, dónde te puedes esconder, por dónde puedes huir, en qué lugar tienen prisioneras a las mujeres... Vamos, todo cuanto haya allí.

Se despidió, y por el camino fue pensando en la manera de cómo poder superar el miedo; quería hacer caso a aquel hombre, pero notaba que su valor flojeaba. A favor estaba salvar a su hermana, que era su mejor recompensa, así que cuando al día siguiente, desde su escondite, vio marchar a los dos, desterró sus dudas. Avivado por el amor que sentía hacia Beatriz, se apresuró al interior.

Lo primero que le llamó la atención fue el olor a carne putrefacta y la oscuridad reinante; esperó unos instantes hasta acostumbrarse a la falta de luz.



La entrada daba paso a un gran espacio, quizás tan grande como el salón del castillo del pueblo. Las paredes no eran uniformes, tenían rocas salientes y pequeños huecos donde poderse ocultar. Al fondo, una estrecha galería se hundía en las entrañas de la cueva; era el único túnel. En la boca de la mina se veían manchas de sangre; en el suelo, restos de animales muertos, así como pequeñas escamas: sin duda, era el lugar donde yacía el monstruo.

Pensó por un momento: «Si algo va mal, con la entrada custodiada por el dragón será difícil salir con vida de aquí».

De repente sintió miedo, e instintivamente, sin pensarlo, salió corriendo hacia la boca de la gruta. No tenía ninguna manera de controlar el tiempo y temía que se presentasen de sopetón. Así que salió rápidamente, ocultándose entre la maleza de las laderas de la montaña.

En los días siguientes midió el tiempo dentro de la gruta rezando credos uno detrás de otro. Al terminar el séptimo, tendría que salir rápidamente de la cueva. Pasaron otros sesenta días y de nuevo marchó a casa del alquimista.

Después de darle todos los detalles de cada una de las cosas que había en el interior, le contó de qué manera estaban dispuestas las cosas y qué posibles aplicaciones tenían. Hizo especial mención a unas cadenas con grilletes, clavadas en la pared, que estarían destinadas para amarrar a las doncellas. Debajo había un pequeño jergón que indicaba que las mantenían vivas durante un tiempo.

Terminadas las prácticas, y pasados los meses, se acercaba el día fatídico para la entrega. Julián marchó por última vez a la casa del alquimista, y después de algunos consejos, sacó un pequeño frasco y se lo entregó al joven, diciéndole:

—Este veneno será para que emponzoñes la punta de tus flechas: de esta forma, cuando penetre en el ojo de la bestia se distribuirá el tóxico por toda su sangre y morirá a los pocos minutos. Con este polvo que te doy podrás cegar momentáneamente a tus adversarios durante algunos momentos, y darte tiempo a buscar la debilidad en tu oponente.

El alquimista se despidió del muchacho deseándole suerte. Guardó las sustancias en su morral y se marchó a su casa.

Aquella mañana llegaron los soldados para llevarse a la hermana. La familia acompañó al séquito hasta la Atalaya donde fue atada. Los sollozos de Beatriz le rompían el corazón, la madre también lloraba y el padre, impotente, gemía en un rincón ocultando sus lágrimas por vergüenza.



Julián se puso en camino. La tarde comenzaba a declinar. En el zurrón llevaba el veneno y en el carcaj las flechas, cruzado en su espalda el arco, y el pequeño puñal de caza al cinto.

En aquellos momentos no sentía miedo, únicamente una rabia infinita hacia sus enemigos. Caminó gran parte de la noche hasta llegar a las cercanías de la cueva; finalmente, la fatiga le venció y tuvo que parar para tomar aliento.

Se tranquilizó unos instante para pensar. Faltaban todavía varias horas hasta que el monstruo saliera de su cueva y de nada serviría llegar antes de tiempo, así que ralentizó el paso y fue memorizando en su cabeza todos los detalles del plan.

Finalmente, los vio partir al clarear el día; sin pérdida de tiempo, trepó hasta la gruta. Al entrar escuchó a su hermana llorando, se dirigió hasta ella, pero, con desesperación, comprobó que tenía los grilletes puestos. Entre sollozos, la hermana le dijo que las llaves las tenía el hombrecillo colgadas del cuello. La tranquilizó y le aconsejó que tuviese cuidado de no delatar su presencia, viese lo que viese.

Se ocultó en aquel hueco que ya había visto de antemano, estaba a cuatro o cinco codos del suelo.

Mientras esperaba, impregnó las puntas de las flechas con el veneno y las colocó boca abajo en el carcaj para no cortarse con las puntas.

El corazón le latía de forma acelerada, parecía como si fuese a salirse del pecho. Aquel tiempo se le hizo una eternidad. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, su mirada recorrió la cueva tratando de buscar a su hermana, quien, atada, no tenía consuelo.

Entró la bestia con el ternero entre sus garras, lo dejó sobre el suelo y se hizo a un lado para que el hombrecillo, con un gran cuchillo, extrajera el corazón del animal. Cuando éste se sirvió su ración, se abalanzó el monstruo sobre el ternero, desgarrando de certeros zarpazos aquel animal. El hombrecillo se dirigió a la doncella con el corazón en la mano y le ofreció una parte, pero ésta, entre gritos y lamentos, lo rehusó.

El hombrecillo, con una risa sarcástica, le dijo:

—Dentro de unos días seguro que comerás.

Julián veía desde su escondite todo aquello con horror, pero sin quitar la vista del dragón, que seguía engullendo sin descanso. Después de un buen rato, saciado su apetito, se tumbó, como era costumbre, sobre las piedras de la entrada dispuesto a reposar. En ese momento los movimientos de la bestia se redujeron, apoyando la cabeza sobre su lomo medio enroscado y dándole la cara a Julián. Era el momento de la acción: no lo dudó, sacó la flecha del carcaj y con una velocidad endiablada apuntó y disparó el dardo, que se clavó certeramente en uno de los ojos de la bestia.



¡Un sonido estridente salió del pico de aquella alimaña! Trató de ocultarse, pero el hombrecillo desde su posición le descubrió y, dando grandes alaridos, recorrió el espacio que los separaba blandiendo el enorme cuchillo. Cuando faltaban apenas unos pies, Julián metió la mano en el zurrón y le lanzó los polvos que le había dado el alquimista sobre los ojos. Al sentir la escochedura de aquella sustancia, dio un alarido de dolor, pero al mismo tiempo bajó su cuchillo, haciendo un corte en el hombro del joven.

Sólo tuvo el tiempo justo de defenderse del segundo golpe del hombrecillo cuando tuvo que esquivar de un salto la cola acerada del monstruo, que todavía se debatía. El miedo en aquel momento le había hecho ser más rápido y decidido, en vez de paralizarle como le había ocurrido en el pasado. Así que mientras el hombrecillo se retorció restregándose los ojos en el suelo, no lo pensó y con el arco le clavó una flecha en el cuello, y al instante murió.

El dragón se había plantado en la boca de la gruta, pero no veía bien y soltaba zarzapos y coletazos al aire tratando de aniquilar a su agresor, demasiado pequeño y escurridizo para cogerle.

Lentamente fueron reduciéndose los movimientos del monstruo; Julián trataba por todos los medios de clavarle una segunda flecha en el otro ojo, pero al no parar de moverse resbalaban los dardos sobre su cuerpo sin éxito.

Fue retrocediendo hacia la parte más profunda de la galería acorralado por el dragón.

Sus fuerzas le iban abandonando por momentos. El reptil se había percatado de su debilidad: aunque más lento por el efecto del veneno, fue arrinconando al muchacho hasta la pared. Julián apoyó la espalda en la roca desfallecido por la pérdida de sangre; a duras penas podía sujetar el arco, y menos tensarlo para disparar. La bestia, con un solo ojo, tenía problemas para atinar sus golpes, pero cada vez estaba más cerca: era cuestión de tiempo que sus garras le destrozasen el cuerpo. Instintivamente, se cubrió con los brazos la cara esperando el golpe fatídico. De repente, se escuchó una voz:

—¡Carroña de lagarto! ¡Mírame!

El grito autoritario salió de la boca del alquimista, que, con la lanza dispuesta, esperó a que el dragón se diera la vuelta.

Aquel bicho se giró tratando de mirarle con el único ojo que le quedaba. Sus movimientos se habían ralentizado a causa de la flecha envenenada y, justo cuando trataba de ver al que le gritaba, fue el instante que aprovechó para clavarle la lanza en la oquedad del ojo bueno. La pica, proyectada con mucha fuerza, penetró hasta el interior del cráneo. El animal, tras unos movimientos estertóreos, se desplomó muerto.

El alquimista arrancó la llave del cuello del hombrecillo para abrir los grilletes de Beatriz. Julián ya no pudo más y cayó sin sentido. La hermana, asustada, rompió sus enaguas y vendó lo mejor que pudo la herida para evitar que se desangrase. El químico cogió en sus brazos al muchacho y lo llevó fuera de la gruta para que le diese el aire. Tras asistirle, finalmente despertó.



Mientras el alquimista atendía a Julián, la hermana corrió todo lo que pudo hasta llegar al pueblo y contárselo a sus padres. Las gentes, alertadas por la joven, tomaron unas angarillas para transportar al herido y poder salvar la vida del heroico muchacho.

Otros vecinos corrían entusiasmados para ver al monstruo muerto. Algunos fueron al castillo para decírselo al conde.

El pueblo vivía en una fiesta continua mientras Julián se debatía entre la vida y la muerte, hasta que un día cedió la fiebre mejorando su salud. Finalmente, los remedios del sabio y la fuerza de voluntad del muchacho consiguieron su recuperación.

Pasados unos días Julián pudo recobrar los sentidos. Sobre su cabecera estaban sus padres y hermana, y a los pies el alquimista con el semblante serio; al verle que estaba consciente, le habló de esta manera:



—Creo que tu amor fraternal ha sido la mejor enseñanza que nos has dado a los que nos aislamos del mundo. Esa entrega por los tuyos sólo ha sido posible en el seno de una verdadera familia. Ese lugar privilegiado donde los niños se hacen hombres y construyen lazos de sangre hasta la muerte.

Cuando Julián pudo andar, fue solicitado en el castillo y el señor conde, ante el valor demostrado, le tomó como escudero en la corte.

Fin

EL AUTOR

LUIS A. GONZÁLEZ BLASCO

Luis A. González es un autor hecho a sí mismo. A partir del primer libro técnico que escribió enfocado a su profesión, es maestro joyero, y titulado “Metalografía básica para joyeros”, descubrió el atractivo mundo de la escritura.

Así, en 2015 publica tres libros: Caminos de Guadarrama, un libro de poemas; Bulnes, una novela corta de estilo costumbrista; y La renuncia del caballero de Ibar, una novela histórica. En 2016 vuelve a publicar otra novela histórica titulada Iberia, el ocaso de un pueblo, donde narra la desesperada resistencia de los pueblos hispanos, iberos, celtiberos, y celtas ante la invasión romana de la península.

Desde 2017 tenemos el placer de tenerle como colaborador en nuestro proyecto educativo WeebleBooks.



LA ILUSTRADORA YAIZA BLÁZQUEZ

Yaiza es una joven ilustradora y diseñadora gráfica. Vive en Valencia, España.

Realiza ilustraciones digitales y vectoriales: Yaiza estudió un master de diseño y creatividad, donde se especializó en ilustración vectorial, Photoshop y en muchos factores del diseño gráfico.

A partir de ahí, ha ilustrado cuentos infantiles, ha hecho diseños para ropa de niños, diseño de personajes, introduciéndose también en la animación de ilustraciones. Así mismo ha diseñado escenarios, personajes y objetos para videojuegos móviles.

A Yaiza le gusta hacer hacer Fan Arts de sus series y películas favoritas y grabar y compartir sus procesos de dibujo en su canal de youtube.

Contacto: yaiza.blazquez8@gmail.com
Canal de Youtube: Ghostygirl





En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos, más divertida, moderna, creativa y sin barreras económicas o geográficas.

Un proyecto educativo abierto a la colaboración de tod@s para fomentar la educación, ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas.

Nos hemos enfocado al desarrollo de la lectura como una actividad clave para nuestro público juvenil.

Creamos y editamos libros educativos, divertidos, actuales, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor es que son gratis! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com

WEEBLEBOOKS

Libros eDuCativos Gratuitos



OTROS LIBROS PUBLICADOS POR LA EDITORIAL

Mi primer viaje al Sistema Solar
Viaje a las estrellas
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Pequeñas historias de grandes civilizaciones
La Historia y sus historias
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón
El lápiz que deseaba escribir solo

Mitología básica para todas las edades
Descubriendo a Dalí
Cocina a conciencia
Descubriendo a Van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El Lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de Historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía
El mago detective

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,
contacta con nosotros.

www.weeblebooks.com

info@weeblebooks.com



Nuestro vídeo



Visita nuestra web



 2018

Autor: Luis A. González Blasco

Ilustradora: Yaiza Blázquez

Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>

info@weeblebooks.com

Madrid, España, julio 2018



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>